

II. LAS AVES MARINAS, GENERALIDADES.

El Mediterráneo, por su carácter de mar oligotrófico, es pobre en poblaciones de aves marinas, aunque su interés se acrecienta si consideramos la existencia de especies endémicas de este mar, como la Gaviota de Audouin y la Pardela mediterránea (que, según algunos autores podría estar dividida en dos especies, ambas endémicas del Mediterráneo).

Desde que el Mediterráneo volvió a ser un mar abierto al Atlántico, después de la crisis de salinidad del Messiniense, y hasta la colonización humana, las aves marinas debían suponer una parte muy importante de la fauna de las islas mediterráneas (ALCOVER 1988; ALCOVER Y MUNTANER 1985). Eran especialmente abundantes los procellariiformes, como lo demuestran los restos fósiles de *Puffinus nestori*, pardela del Pleistoceno superior de Ibiza. El registro fósil es escaso en restos de láridos o pelecaniformes, aunque en esto influye el hecho de que los procellariiformes crían en cuevas, donde la fosilización está favorecida. De todos modos parece ser que la composición faunística era más variada que la actual. Un ave tan aparentemente exótica como la extinguida Alca gigante vivió en las orillas del Mediterráneo durante el Pleistoceno (aunque en esto debieron influir sin duda los cambios climáticos durante las glaciaciones).

La colonización humana afectó fuertemente a la diversidad y abundancia de toda la fauna del archipiélago, pero a diferencia de lo sucedido con los reptiles y los mamíferos, las aves fueron las que menos sufrieron las drásticas consecuencias de la presencia humana. No parece haberse producido la extinción de ningún ave de este grupo en nuestras islas, aunque es probable que la abundancia relativa de las especies haya sido modificada a consecuencia de las actividades humanas.

Las islas Baleares albergan diversos tipos de biotopos marinos explotables por las aves. Dentro de la pobreza de las aguas mediterráneas, los archipiélagos ofrecen mayor variabilidad de condiciones en sus aguas y también un aumento local de la productividad, que no se debe sólo al aporte de nutrientes de origen terrestre, sino más bien a la energía aportada por el movimiento de las aguas al encontrarse con estos obstáculos (MARGALEF 1984).

Los organismos bentónicos, junto con los peces demersales, sólo son accesibles a los buceadores como el Cormorán o a los zambullidores que alcanzan cierta profundidad, como el Alcatraz, que puede depredar incluso crustáceos y moluscos (FRAISSINET *et al.* 1985). También son depredados en menor medida por especies que se alimentan en la costa como las gaviotas y algunos charranes. La ausencia de mareas apreciables en esta zona del Mediterráneo hace que las especies bentónicas sean mucho menos aprovechadas por las aves marinas que en Atlántico. Los movimientos de *Larus cachinnans* hacia el golfo de Vizcaya están relacionados con el aprovechamiento de estos organismos bentónicos gracias a las mareas (LE MAO Y YÉSOU en prensa).

El Cormorán es la única ave marina sedentaria en sentido estricto en las Baleares. La mayoría de nuestras especies realizan movimientos migratorios o dispersivos en momentos determinados de su ciclo vital. La baja productividad de nuestras aguas hace especialmente difícil la supervivencia en algunas épocas del año, sobre todo para los individuos jóvenes. Así, los jóvenes de la Gaviota de Audouin se dispersan por las costas Norteafricanas hasta la zona bañada por la corriente de Canarias, unas aguas muy productivas, que también son visitadas regularmente por las pardelas cenicientas. La Gaviota común y la Pardela pichoneta también realizan movimientos dispersivos y migratorios hacia el Golfo de Vizcaya y Canal de la Mancha.

El medio pelágico, mucho menos productivo, también es un área de alimentación para pardelas y paños. Estas especies suelen alimentarse en zonas más alejadas de la costa, situadas sobre el talud, aprovechando pequeños afloramientos localizados. Sus relaciones tróficas con las poblaciones de peces pelágicos no están bien estudiadas, pero sin duda debe afectarles el problema de la sobrepesca (MARGALEF 1989). Por otra parte algunos tipos de pesca ponen al alcance de estas aves recursos de los que antes no podían disponer. Es el caso de la pesca de arrastre, que sube a la superficie especies demersales o aquellas especies pelágicas que de día permanecen en aguas profundas.

Todavía estamos lejos de un conocimiento detallado del estatus de todas las aves marinas mediterráneas. En la orilla noroccidental del Mediterráneo las poblaciones están estudiadas y se realizan esfuerzos para la protección de las más amenazadas mientras que los países de la orilla sur y oriental, por problemas económicos o políticos,

desconocen el estatus de muchas especies de su fauna y no se realizan acciones de conservación. Se trata de otra faceta de la desigualdad norte-sur, que queda bien patente en nuestro mar, frontera entre los dos hemisferios económicos. Por otra parte las diferencias políticas entre el Este y el Oeste han mantenido poco menos que en secreto el estatus de las poblaciones de aves marinas de algunos países del Mediterráneo oriental y el Mar Negro, aunque esta situación tiende a corregirse.

Son varias las amenazas que afectan a este grupo de aves. Su posición en la cadena trófica las hace especialmente vulnerables a la contaminación, sobre todo por compuestos organoclorados y metales pesados. La captura accidental en artes de pesca, la recolección de huevos y pollos, muy frecuente en Baleares hasta los años sesenta, la caza intencionada, las molestias, maniobras militares y urbanizaciones en sus áreas de cría, la predación por mamíferos introducidos en los islotes (MOORS Y ATKINSON 1984) y otros factores antropogénicos se suman a otras causas relacionadas con el escaso número de efectivos reproductores de algunas especies, lo que provoca un problema de consanguinidad y pérdida de la variabilidad genética.